

APUNTES PARA EL DESARROLLO DE ARGENTINA

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE LA UBA PARA EL DESARROLLO
PIUBAD

Apuntes para el desarrollo de Argentina : Programa Interdisciplinario de la UBA para el Desarrollo : PIUBAD / Julio Fabris ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica, 2017.
384 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-29-1604-0

1. Desarrollo Económico y Social. 2. Actividad Económica. 3. Desarrollo Industrial. I. Fabris, Julio

CDD 338.9



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: enero de 2016

© 2016

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Rector
Alberto BARBIERI

Vicerrectora
Nélida CERVONE

Secretario General
Juan Pablo MAS VÉLEZ

Secretario de Ciencia y Técnica
Aníbal COFONE

Secretaria de Asuntos Académicos
María Catalina NOSIGLIA

Secretario de Posgrado
Daniel SORDELLI

Secretario de Educación Media
Oscar GARCÍA

Secretario de Extensión Universitaria
Gustavo GALLI

Secretario de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación
Jorge BIGLIERI

Secretario de Hacienda y Administración
Emiliano YACOBITTI

Secretario de Relaciones Internacionales
Gabriel CAPITELLI

Secretario de Planificación de Infraestructura
Eduardo CAJIDE

Secretario de Desarrollo y Bienestar de los Trabajadores Universitarios
Jorge ANRÓ

Auditor General de la UBA
Roberto VÁZQUEZ

DECANOS

Facultad de Agronomía
Rodolfo GOLLUSCIO

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Luis BRUNO

Facultad de Ciencias Económicas
César Humberto ALBORNOZ

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Juan Carlos REBOREDA

Facultad de Ciencias Sociales
Glenn POSTOLSKI

Facultad de Ciencias Veterinarias
Marcelo Sergio MIGUEZ

Facultad de Derecho
Mónica PINTO

Facultad de Farmacia y Bioquímica
Cristina ARRANZ

Facultad de Filosofía y Letras
Graciela Alejandra MORGADE

Facultad de Ingeniería
Horacio SALGADO

Facultad de Medicina
Sergio Luis PROVENZANO

Facultad de Odontología
Héctor José ALVAREZ CANTONI

Facultad de Psicología
Nélida CERVONE

Ciclo Básico Común
Jorge FERRONATO

SECRETARIOS DE INVESTIGACIÓN

Facultad de Agronomía
Secretaría de Investigación y Posgrado
Adriana KANTOLIC

Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Secretaría de Investigaciones en Ciencia y Técnica
Guillermo RODRÍGUEZ

Facultad de Ciencias Económicas
Secretaría de Investigación y Doctorado
Adrián RAMOS

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Secretaría de Investigación
Eduardo CÁNEPA

Facultad de Ciencias Sociales
Secretaría de Estudios Avanzados
Mercedes DI VIRGILIO

Facultad de Ciencias Veterinarias
Secretaría de Ciencia y Técnica
María Laura FISCHMAN

Facultad de Derecho
Secretaría de Investigación
Marcelo ALEGRE

Facultad de Farmacia y Bioquímica
Secretaría de Ciencia y Técnica
Ana María BALASZCZUK

Facultad de Filosofía y Letras
Secretaría de Investigación
Cecilia PÉREZ de MICOU

Facultad de Ingeniería
Secretaría de Investigación
Luis FERNÁNDEZ LUCO

Facultad de Medicina
Secretaría de Ciencia y Técnica
Roberto DIEZ

Facultad de Odontología
Secretaría de Ciencia y Técnica y Transferencia Tecnológica
Juan Carlos ELVERDIN

Facultad de Psicología
Secretaría de Investigaciones
Martín ETCHEVERS

APUNTES PARA EL DESARROLLO DE ARGENTINA

*Programa Interdisciplinario de la UBA para el Desarrollo
PIUBAD*

El presente trabajo fue financiado por la Universidad de Buenos Aires, Proyectos de Fortalecimiento y Divulgación de los Programas Interdisciplinarios, PIUBAD-D1 “Publicación de un libro para lograr difusión de trabajos seleccionados, elaborados por los integrantes del PIUBAD. Presentación del libro en diferentes foros”.

La coordinación de actividades realizadas en el marco de los proyectos de Fortalecimiento y Divulgación de los Programas Interdisciplinarios de la UBA estuvo a cargo de Mg. Paula Senejko y Lic. Deborah Hedges, de la Dirección de Articulación Institucional e Interdisciplinaria, Secretaría de Ciencia y Técnica.

A la memoria de Roberto Zubieta,
primer coordinador del PIUBAD.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
<i>Luciano Cianci / Julio Fabris / Juan M. Graña / José Villadeamigo</i>	
Capítulo 1: El concepto de desarrollo: recorrido por la literatura especializada desde sus orígenes hasta la actualidad	25
<i>Luciano Cianci</i>	
Capítulo 2: La industria argentina en el Segundo Centenario	47
<i>Aldo Ferrer / Marcelo Rougier</i>	
Capítulo 3: Análisis de aspectos macroeconómicos seleccionados y de la industria en Argentina desde mediados del siglo XX.....	69
<i>José Villadeamigo</i>	
Capítulo 4: El impacto de los altos precios de los <i>commodities</i> sobre los países en desarrollo de América Latina. Estudio comparado de las economías de Argentina y Brasil en los primeros años del siglo XXI	161
<i>Mauricio Cristóforo / Julio Fabris / José Villadeamigo</i>	
Capítulo 5: Desindustrialización, causas específicas y generales	185
<i>Juan M. Graña</i>	
Capítulo 6: La Argentina en la Nueva División Internacional del Trabajo.....	225
<i>Federico Dulcich</i>	
Capítulo 7: Historia y actualidad de la Banca de Desarrollo en Argentina	267
<i>Marcelo Rougier / Pablo J. López</i>	

Capítulo 8: Una mirada antropológica acerca del desarrollo. La agricultura familiar como protagonista de las transformaciones en el agro del SO misionero.....	299
<i>Ana Padawer</i>	
Capítulo 9: Importancia del análisis de los conflictos socio ambientales en la implementación de políticas públicas de desarrollo sostenible vinculadas al uso del agua. Estudio de caso.....	331
<i>Liliana Pagliettini / Jorge Domínguez</i>	
Capítulo 10: Decisiones robustas en la producción agrícola	351
<i>Silvia A. Ramos / Horacio Rojo / María A. Castellini</i>	
Capítulo 11: Apuntes para el desarrollo de Argentina.....	371

CAPÍTULO 8: UNA MIRADA ANTROPOLÓGICA ACERCA DEL DESARROLLO. LA AGRICULTURA FAMILIAR COMO PROTAGONISTA DE LAS TRANSFORMACIONES EN EL AGRO DEL SO MISIONERO

Ana Padawer^{1 2}

1. PRESENTACIÓN

En este trabajo me propongo analizar, a partir de un estudio antropológico realizado en el sudoeste misionero, el papel de la agricultura familiar en el proceso de desarrollo económico y social. La producción agrícola de subsistencia implica procesos de conocimiento del entorno que permiten la reproducción social en contextos en rápida transformación, y estudiar sus características permite reconocer las capacidades activas de los sujetos aun cuando ocupen lugares subordinados en la estructura social. De este modo, la antropología puede contribuir con novedosos aportes para superar las dicotomías implícitas que suelen primar en las teorías del desarrollo, donde los países y/o regiones del mundo son ubicados en una gradación que tiene su correspondencia en la oposición entre el conocimiento científico tecnológico y el conocimiento práctico (Andrews y Bawa, 2014).

Un modo específico de expresar esa dicotomía en el campo de la agricultura ha sido la oposición entre los agronegocios y la agroecología, donde la agricultura familiar suele ubicarse en el segundo polo asociada a los pequeños productores, anclados en el territorio, usuarios de baja tecnología; por oposición a la agricultura a gran escala, basada en la concentración de los recursos naturales, la mecanización, la informatización y la conexión con el mercado internacional (Hernández Goulet, Magda y Girard, 2014; Thomas y Twyman, 2004; Agrawal, 1995). Distintos autores ya han señalado que, si bien las dicotomías pueden entenderse como modelos teóricos que permiten identificar

1. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA). Buenos Aires, Argentina.

2. CONICET. Buenos Aires, Argentina

rasgos cuya presencia o ausencia define una posición relativa en esta escala de desarrollo, tienen la desventaja de que producen una visión estática (que en todo caso puede considerar las variaciones en el tiempo de las posiciones mencionadas). Al colocar la mirada en los procesos de transformación de la agricultura, en cambio, es posible detenerse en las hibridaciones, en el pasaje de una situación a otra, atendiendo a esos mismos rasgos. En mi caso, el interés es analizar los procesos de conocimiento ligados a las actividades agrícolas, con el entendimiento de que en cualquier espacio institucional de prácticas (sea una chacra familiar, una estación experimental o un laboratorio) estos no son exclusivamente prácticos, ni exclusivamente técnico-científicos.

Si entendemos que las ciencias deben preocuparse prioritariamente por los más vulnerables, el desafío es considerar como en la agricultura familiar —en mi caso, en el sudoeste de la provincia de Misiones—, podemos encontrar procesos de apropiación de saberes del sistema científico tecnológico articulados con saberes prácticos, donde los productores participan de espacios de sociabilidad técnica con otros actores que provienen del campo científico tecnológico. Así, el análisis de los procesos de desarrollo puede incorporar a los agricultores familiares como protagonistas, y no como espectadores (u objetos de intervención). El concepto de apropiación (Rockwell, 2005) me ha permitido pensar los procesos de desarrollo desde las condiciones concretas de producción de los sujetos, para poder discutir así los modelos verticales de difusión científico tecnológica para el agro. Considero que, pese a las mejores intenciones de muchos de sus protagonistas, el problema de la verticalidad en los sistemas de extensión rural radica en su concepción unidireccional y asimétrica de la organización técnico-científica, derivada de una noción de saber que ignora que los sistemas de institucionalización del conocimiento son siempre situados (Lave y Wenger, 2007), y que los conocimientos de los agricultores resultan subordinados respecto de aquellos formulados en el sistema científico-técnico debido a la hegemonía socio-histórica del naturalismo positivista, matriz ontológica y epistemológica en la ciencia occidental moderna (Souza Santos, 2003).

De este modo, para pensar en las tensiones que la agricultura familiar y los agro-negocios encarnan en distintas regiones del país (y del mundo), la antropología permite colocar la mirada no solo en los “grandes actores”, que por su posición de poder diferencial tienen un peso sustantivo en la orientación de las políticas de desarrollo (las agroindustrias y su participación en el crecimiento económico del país; el complejo científico-tecnológico y sus aportes en el conocimiento ligado a dichas actividades de transformación de la naturaleza), sino atender también a los actores subordinados, quienes protagonizan las transformaciones ocurridas en los espacios sociales rurales del

siglo XX, y comparten con los actores dominantes la hibridez en los procesos de conocimiento práctico y experto, desde su lugar estructural en el sistema capitalista global. La antropología permite pensar en el desarrollo más allá de los grandes actores y del paternalismo, es decir, que reconoce los lugares diferenciales en términos de la estructura social pero otorga a los sujetos, a partir de las posiciones estructurales, un lugar equivalente como actores sociales reflexivos en el mundo social.

2. REFLEXIONES ANTROPOLÓGICAS ACERCA DEL DESARROLLO

Los debates acerca del desarrollo no se han restringido al campo académico, sino que tienen actualmente vigor en el debate público. En las elecciones presidenciales que se efectuaron en la Argentina hace escasos cuatro meses, los dos candidatos que llegaron al ballottage otorgaron un lugar central en sus discursos de campaña a la noción de desarrollo. Antes de las elecciones, el candidato de la alianza Cambiemos y actual Presidente, M. Macri, propuso “un cordobazo de crecimiento y desarrollo para la Argentina” en su cierre de campaña en esa ciudad (Diario Página 12, 22 de octubre de 2015), mientras que pocos días antes D. Scioli, del Frente para la Victoria, declaraba: “estoy totalmente abocado a llevar a la Argentina a las próximas grandes victorias, que tiene que ver con un proceso histórico de desarrollo del país” (La Nación, 12 de octubre de 2015). Asimismo, en el debate público entre ambos candidatos antes del ballottage, el primero de los cuatro ejes de discusión fue el tema del desarrollo económico y humano.

No realizaré aquí consideraciones sobre el sentido que el concepto de desarrollo tenía en esos discursos de los candidatos presidenciales, ni tampoco en su devenir en estos meses que han transcurrido desde la asunción del nuevo gobierno. Me apoyo en estas referencias, estrictamente, para fundamentar la vigencia política de los debates académicos antedichos. A partir de ellos, me gustaría efectuar algunas precisiones utilizando mi propia experiencia de trabajo de campo para intentar, de esta manera, contribuir desde una perspectiva antropológica al debate acerca del concepto de desarrollo. Para fundamentarlas, introduzco previamente aquí dos límites a las discusiones académicas acerca del desarrollo que la antropología puede contribuir a superar: la impronta economicista y el etnocentrismo implícito.

En un trabajo que sintetizaba los debates actuales, Andrews y Bawa (2014) plantearon que tras la segunda guerra mundial el desarrollo fue a la vez ideología y objeto de estudio que, bajo la influencia del pensamiento económico keynesiano, permitió problematizar el rol del Estado en pos de una

teoría modernizadora. Esta teoría tuvo como campo fértil de indagación a los países que surgían tras el proceso de descolonización entre 1950 y 1960, de modo que esta “verdad universalista” se aplicaba especialmente a los países del sur, que representaban casi los 2/3 de la población mundial, y que habían sido, hasta el momento, de interés solamente para la antropología. La crítica principal a la teoría modernizadora fue, y continúa siendo, su ontología de desarrollo evolucionista y unilineal, si bien ya a partir de la década del 70 se dejaron de lado las explicaciones monocausales, principalmente económicas/industrialistas, para suscribir a multicausalidades donde las dimensiones políticas y culturales tuvieron su lugar.

Fue así como, en la década del 70, los teóricos estructuralistas de la dependencia latinoamericana cuestionaron a las teorías del desarrollo por construir una dicotomía homogeneizante entre lo tradicional y lo moderno, así como por omitir la desigualdad constitutiva de dicha polaridad. Estos dos cuestionamientos tienen plena vigencia hoy a partir del debate sobre la poscolonialidad (Escobar, 2007) y lo que se ha llamado el giro ontológico de la antropología (Descola, 2004). De acuerdo a estas perspectivas, la neutralidad política y la naturaleza ahistórica de la modernización, así como las diferencias estructurales del sistema capitalista, requieren de una profunda revisión cuando se piensa en la equivalencia de sistemas de conocimiento alternativos al occidental, o las implicancias de una modernidad latinoamericana.

Si entre mediados de los 80 y principios de los 90 las teorías del desarrollo perdieron vigencia bajo la hegemonía explicativa del neoliberalismo y el fundamentalismo del mercado, los debates actuales las repusieron porque los paradigmas no desaparecieron, sino que se fueron de alguna manera superponiendo, reforzando algunas ideas de décadas pasadas y cuestionando otras. El discurso del desarrollo continúa particularmente vigente hoy a partir de “nichos” a las críticas al neoliberalismo extremo, uno de cuyos ejemplos más claros es el Informe de Desarrollo Humano, elaborado por las Naciones Unidas por primera vez en 1990, que incorpora índices en educación, salud y democracia para medir el desarrollo de los distintos países (Andrews y Bawa, 2014).

En relación a tales “nichos”, la antropología latinoamericana ha contribuido al debate subrayando el carácter etnocéntrico y tecnocrático con los que sujetos y culturas son tratados en las estadísticas que construyen rankings de desarrollo, elaborados como un proyecto monocultural donde modernización es sinónimo de occidentalización o eurocentrismo. En ese sentido, las posturas poscoloniales llevaron a algunos antropólogos a proponer teorías del posdesarrollo, consistentes en el reconocimiento de formas de vivir alternativas que permitirían contrarrestar las estrategias de dominación social y cultural

vigentes. De este modo, el desarrollo de cuño occidentalizante e industrailizador ya no constituiría una finalidad inevitable de las acciones políticas de gobiernos progresistas y colectivos sociales, por lo que se revitalizaría así el proyecto relativista de la antropología (Escobar, 2007).

Desde mi punto de vista, la propuesta de alternativas es sumamente valiosa siempre que no devenga en la creación de nuevas dicotomías, donde lo "tradicional" pase a ocupar el lugar que antes tenía lo "moderno", lo que generaría que este último termino pase a representar la decadencia del progreso y la civilización humana. En este sentido, creo que la recuperación acrítica de tradiciones es una "vía muerta" para la generación de alternativas de desarrollo, y es más conveniente en cambio pensar en los procesos de desarrollo en términos de emancipación humana, referidos a discursos y prácticas que orientan y estructuran procesos de cambio social a través del mejoramiento de las condiciones de vida de la gente en una localidad geopolítica y un tiempo histórico particular. De esta manera, podemos decir que cada país, cada región y cada unidad de análisis de la experiencia social humana que consideremos está "en desarrollo" en algún sentido (Andrews y Bawa, 2014).

Desde esta postura relativista crítica, la antropología puede realizar importantes aportes al debate sobre el desarrollo. Como señalaba en la introducción, desde mi campo específico de interés que es el de la producción de conocimiento, el relativismo crítico permite analizar sin paternalismos la relación entre actividades de reproducción social y experiencias formativas en contextos rurales interculturales, es decir, examinar cómo se aprende lo que se necesita saber para vivir, cómo se vinculan esos conocimientos con las identificaciones y la desigualdad social, con una mirada socio-cultural e histórica de las relaciones que los humanos establecemos con la naturaleza. Esto implica problematizar los distintos espacios institucionales de prácticas vinculadas al conocimiento: las escuelas, los espacios productivos, los espacios científico-técnicos, en su interrelación.

A los más frecuentes estudios de impronta economicista acerca del desarrollo, la antropología aporta con sus estudios prolongados y localizados sobre los procesos de conocimiento protagonizados por distintos actores sociales, agricultores rurales e indígenas pero también de aquellos que inciden en los "grandes números" del PBI. Las cuestiones de desarrollo, que suelen ser abordadas desde perspectivas macroeconómicas e históricas centradas en los actores dominantes en los procesos productivos (empresarios, sector financiero y Estado), pueden ser así complementadas por el análisis de otros procesos, de otros actores y de otra escala.

De esta manera, la antropología puede discutir la correspondencia única entre "grandes números" y "grandes actores": al colocar el foco en la vida cotidiana de todos los sujetos, es esta escala microsocial la que permite

entender cómo “se produce” la vida en común. El hecho de haber comenzado históricamente con estudios acerca de la alteridad no occidental hizo que abundaran estudios sobre poblaciones subordinadas, pero eso no implica que hoy ese objeto de estudio alterno y subordinado se mantenga. Por ello los estudios antropológicos permiten sistematizar los conocimientos y las actividades productivas de pequeños productores e indígenas al incorporar su participación activa en los procesos de desarrollo, pero también constituyen aportes de los estudios antropológicos las investigaciones sobre la vida cotidiana en las grandes corporaciones del agronegocio, las asociaciones agrícolas y los espacios de ciencia y tecnología. Este enfoque microsociedad, propio de la antropología desde sus comienzos como ciencia social empírica, difiere conceptual y metodológicamente del uso de datos culturales para proporcionar “rostro humano” a los procesos de desarrollo, analizados mediante los “grandes números” económicos.

Este enfoque relativista crítico de la antropología, en síntesis, me ha permitido incorporar en los debates interdisciplinarios ciertas preguntas acerca de la inevitabilidad del desarrollo, de su orientación en un sentido que frecuentemente se presupone y asimila con un crecimiento económico capitalista-industrialista, fundamentado en el sistema científico-tecnológico. Me ha permitido formularme interrogantes sobre cómo interviene en el desarrollo la producción de conocimientos que protagonizan los niños, los jóvenes y los adultos, en los distintos espacios institucionales de prácticas que atraviesan cotidianamente (escuelas, organismos técnicos, espacios productivos): de qué conocimientos se trata en el caso del mundo rural, a través de que procedimientos, organizaciones e instituciones, con que fundamentos socio-culturales e históricos.

3. LA AGRICULTURA FAMILIAR EN EL SUDOESTE MISIONERO

En el contexto rural misionero, analizar las hibridaciones entre el conocimiento moderno-científico-universal-desarrollado y el conocimiento tradicional-práctico-local-no desarrollado, implica debatir cómo la agricultura familiar ha convivido con la agroindustria, especialmente forestal, en el marco de relaciones de desigualdad (Manzanal y Arzeno, 2011). El trabajo de campo que he llevado a cabo ininterrumpidamente desde el año 2008 me ha mostrado que los pequeños productores son vecinos de grandes plantaciones de especies forestales exóticas de rápido crecimiento (principalmente pinos), se integran como trabajadores temporales en esos establecimientos, plantan sus cultivos de autoconsumo en medio de las grandes explotaciones en las que trabajan como empleados, e incluso ellos mismos pueden dedicar parcelas de su terreno

familiar a forestación. La industria forestal no es la única de importancia en la provincia, ya que históricamente han sido significativas la producción industrial de yerba mate, tabaco y té, al ser éstos productos industriales parte de la producción en la agricultura familiar, con variaciones a lo largo del siglo XX, de acuerdo a la ocupación del territorio de las distintas zonas de la provincia.

Si bien no es la única, podemos trazar una importante diferencia entre el circuito productivo en torno a la forestación y el resto de las actividades agroindustriales, ya que en el primer caso se trata de un ciclo largo que no requiere casi de mano de obra en la actualidad, mientras que los cultivos agrícolas de la yerba, del tabaco y del té (con sus diferencias), no solo implican mayor empleo sino que además involucran ciclos productivos de corta duración. Extensión del ciclo productivo y mano de obra constituyen dos dimensiones centrales para pensar en los procesos de apropiación del conocimiento y el desarrollo por dos razones fundamentales: por un lado, porque si las actividades productivas permiten una recuperación del capital invertido más rápidamente, resultan más accesibles para los agricultores familiares que logran incursionar fuera de los límites del autoconsumo y, por otro, porque al requerir más cantidad de mano de obra permiten que los sujetos incorporados (aun cuando sea en condiciones de extrema subordinación al capital) accedan a interlocutores vinculados al sistema científico-tecnológico, relaciones sociales que, de otra forma, les estarían vedadas.

La distribución de estas actividades de agroindustria en el territorio provincial no es ni ha sido homogénea. El sudoeste de Misiones fue una zona de colonización temprana (primeras décadas del siglo XX), tradicionalmente yerbatera, de pequeños productores que complementaban esta producción con horticultura y cría de animales de granja para subsistencia. La explotación forestal de grandes extensiones se inició en los 40, pero su crecimiento significativo se dio en los 60 y particularmente en los 90, acompañado de una transnacionalización de los capitales involucrados (Kostlin 2010). Como respuesta a este proceso expansivo de la frontera agrícola-industrial forestal, la Ley de Protección de Bosques Nativos, sancionada en 2006, definió áreas habilitadas y prohibidas para la explotación del monte, aunque en el sudoeste resultaron de menor extensión que en otras áreas provinciales, ya que en esta zona la explotación agrícola había sido ya más intensa.

Las actividades agrícolas de los pequeños productores familiares del sudoeste misionero, por otra parte, han ido virando en las últimas décadas desde la yerba mate hacia la horticultura bajo cubierta, los sistemas silvo-pastoriles y la mandioca, propiciados por organismos técnicos que, como las Secretarías de Agro y Producción Provincial, la Secretaría de Agricultura Familiar de la Nación y el INTA, vienen proponiendo que esta zona explote las ventajas

de la proximidad geográfica con la capital provincial para producir verdura fresca y, de modo reciente, incrementar la producción de mandioca (fresca y para la industria). Mientras los sistemas silvo-pastoriles son promovidos y utilizados por productores que disponen de extensiones (al menos) medianas que se dedican a la plantación de pinos, la horticultura y la mandioca pueden ser llevados adelante por pequeños productores y ocupantes, por lo que me detendré especialmente en estas dos actividades.

La horticultura en Misiones ha adquirido un impulso importante en las últimas décadas, por lo que la producción bajo cubierta es una de las principales líneas de trabajo de los organismos técnicos gubernamentales, ya que proporciona ventajas frente a las inclemencias climáticas y suele ser acompañado de supervisiones en el control de plagas y malezas, asesoramiento en la preparación de suelos y selección de semillas. Por otra parte, se han producido mejoras en la comercialización a través de las Ferias Francas y mercados concentradores, que han capitalizado la experiencia asociativa de los movimientos sociales rurales de la provincia –especialmente el Movimiento Agrario Misionero, asociado a las Ligas Agrarias que históricamente se desarrollaron en el NEA (Galafassi, 2008; Baranger, 2008).

Estas iniciativas de comercialización mediante mercados de proximidad facilitaron que los productores vendieran directamente sus productos y, por lo tanto, mejoraran su rentabilidad. El trabajo de campo realizado hasta la fecha me permite plantear la hipótesis de que, aun con sus dificultades, las asociaciones en torno a la comercialización hortícola no solo han capitalizado sino que han revitalizado la tradición asociativa de los productores agrícolas, que en la provincia se remonta, en algunos casos, a las primeras décadas del siglo XX y a la etapa de colonización.

En este sentido y como han señalado otros autores (Grass y Hernández, 2008), los espacios de sociabilidad de las asociaciones de productores ocupan un lugar de relevancia para la apropiación de conocimientos técnicos, ya que se generan espacios para “conversar” sobre las técnicas en un marco de confianza, lo que facilita la traducción del sistema experto en el lenguaje de las prácticas. De acuerdo con otros autores que enfatizan los procesos de aprendizaje, los espacios de sociabilidad técnica pueden ser escenarios de comunidades de práctica (Lave y Wenger, 2007), concepto que resulta especialmente fructífero para analizar la relación entre conocimiento y desarrollo, por su atención a las habilidades diferenciales que se logran progresivamente por ocupar posiciones más centrales o más periféricas en una actividad.

Por otra parte, la provincia de Misiones es la principal productora de mandioca del país, con un 70% de la producción nacional en una superficie plantada de aproximadamente 40.000 hectáreas, de las cuales dos constituyen las áreas

más importantes de producción y comercialización: la “región tradicional” –en el sudoeste de la provincia a lo largo de la Ruta Nacional 12, área donde realizo mi trabajo de campo–, y la “región en desarrollo”, localizada en el centro-este a lo largo de la Ruta Nacional 14 (PROCAL, 2015). Tanto para su consumo humano en “fresco”, como para su uso forrajero o industrial, la mandioca es producida mayoritariamente por agricultores familiares, con un promedio de 2,5 hectáreas, lo que involucra a unas 3200 familias (Rodríguez, 2015).

Según los estudios oficiales del sector (PROCAL, 2015), el uso industrial principal de la mandioca es la fécula –se destina aproximadamente un 25% de la producción a estos fines–, utilizada como aglutinante en alimentos (carnes, postres, helados, yogures, dulces, aderezos), panificados, textil (aprestos), papelera (aditivos en pasta y encolantes), adhesivos (colas y cartones) y química (fármacos). También se utiliza para elaboración de tapioca (condimento de sopas), dextrina (vinos y cerveza) y glucosa (confituras y abrillantado de arroz).

A modo de hipótesis complementaria a la ya mencionada (sobre el papel del conocimiento en las Ferias y en la promoción de la horticultura bajo cubierta), considero que la mandioca constituye asimismo una actividad productiva clave en términos de la relación entre conocimiento y desarrollo de la provincia de Misiones. Si la comparamos con la producción y venta de productos hortícolas frescos (que cuentan con un agregado de valor por su limpieza, trozado y conservación), la articulación de conocimientos prácticos y científico-tecnológicos adquiere una mayor centralidad como factor de producción en el caso de la mandioca, debido a su carácter de producto de autoconsumo, de venta directa e insumo industrial multipropósito. Si bien el uso de maquinaria y técnicas especializadas se localiza sobre todo en el proceso de manufactura, también está presente en las otras dos instancias –la producción y la comercialización– como veremos a continuación.

Esta hipótesis permite explicar la creación, en 2013, de un “cluster de la mandioca misionera”, institución de segundo grado que podemos analizar como un espacio institucional de conocimiento situado, ya que allí comenzaron a reunirse funcionarios públicos de gestión agrícola (nacionales, provinciales y municipales), de ciencia y técnica (INTA, INTI, universidades, PROSAP), pequeños productores, intermediarios, industriales y cooperativas; quienes se propusieron como actividades “desarrollar la producción de la materia prima con asesoramiento técnico. Implementar tecnología en campo. Analizar en laboratorio las mejoras genéticas. Acercar al productor a las cooperativas e industrias para que exista el *feedback* comercial necesario en toda producción. Abrir nuevos mercados para los industriales y cooperativas”.³

3. <http://competitividadprosap.net/competitividad/mandioca/>

Si bien esta institución de segundo grado es de creación reciente, en sus propósitos es evidente la intención de que la misma oficie como espacio de sociabilidad técnica (asimilable, en este sentido, a las Ferias y asociaciones de producción hortícola, aunque en un nivel mayor de agregación y heterogeneidad institucional), por lo que se incluyeron allí, como temas “de conversación”, las dimensiones productivas, de manufactura y de comercialización. Estas tres dimensiones están presentes sobre todo en la gestión agroindustrial, pero también son plausibles de ser desplegadas por los agricultores familiares. Por otra parte, la potencialidad para el desarrollo en manos de los pequeños productores se apoya en el hecho de que la mandioca, al igual que la horticultura, es una industria familiar de larga historia en la provincia, desplegada a la par del proceso de colonización agrícola.

Algunos autores que han abordado esta dimensión histórica señalan que los colonos establecidos en las primeras décadas del siglo XX en la provincia de Misiones, cuyo patrón productivo estuvo caracterizado por chacras autosuficientes y obligaciones domésticas fundadas en el trabajo familiar, incluyeron asimismo la comercialización de productos agrícolas con el fin de obtener ingresos monetarios o adquirir bienes de consumo (Bartolomé, 1975). Estas estrategias evidenciaron una temprana complementariedad entre agricultura e industrias, entre las que se destacó la mandioca como un producto que permitió darle valor agregado a una actividad realizada en la propia chacra. El carácter familiar-empresarial de las fábricas de almidón ubicadas en las chacras permitió mantener la actividad agrícola, insertar laboralmente a los hijos y cierta movilidad social (Gallero, 2013).

Como es habitual en las manufacturas, la eficiencia y rendimiento de la industria del almidón de mandioca estuvo directamente relacionada con el nivel de inversión en la maquinaria necesaria para la producción, por lo que los establecimientos familiares de almidón, de escasa tecnificación, con el paso del tiempo fueron siendo relegados en detrimento de cooperativas y empresas (Gallero, 2013). Actualmente es posible distinguir tres niveles técnicos de extracción de almidón: el “rústico”, el que es desarrollado por la pequeña y mediana industria, y el de unas diez grandes industrias; niveles que implican diferencias en todo el proceso, desde el lavado y descascarado de raíces, en el “rallado”, el “zarandeo”, la purificación y el secado (INTA, 2008).

Los espacios institucionales de prácticas ligados al conocimiento que contemporáneamente podemos encontrar en el sudoeste misionero en torno a la horticultura bajo cubierta y la mandioca, son básicamente cinco: los espacios productivos familiares, las propiedades medianas y grandes (donde generalmente se planta mandioca entre los pinos), las escuelas (especialmente las secundarias agrícolas), las cooperativas de productores (generalmente iniciadas en torno a

la yerba) y las dependencias estatales de gestión agraria, ciencia y tecnología (INTA, universidades, secretarías del agro). Dado el debate que anteriormente he presentado en torno al aporte antropológico para el análisis de los procesos de desarrollo, a continuación realizaré un recorrido por algunos de estos espacios, con el fin de mostrar ciertos procesos de hibridación de conocimientos.

4. EN LAS CHACRAS, EN LAS ESCUELAS

Desde el punto de vista de las trayectorias vitales de la gente que vive en el campo, el punto de partida para la integración en comunidades de práctica donde se articulan quehaceres prácticos y el conocimiento científico-técnico es la infancia misma: en mi trabajo de campo pude ver que la participación periférica de los niños en las chacras comenzaba a muy temprana edad; donde además de “ayudar” en las labores, los pequeños de la familia eran testigos de las visitas de técnicos, vecinos, reuniones de cooperativas, entre otros espacios de sociabilidad técnica sobre los quehaceres agrícolas que iban más allá de la unidad doméstica (Padawer, 2014). Por otra parte, casi simultáneamente, los niños participaban de otro espacio donde comenzaban las interlocuciones entre saberes que era el de escuelas primarias rurales: allí las huertas constituyeron, desde siempre, un espacio pedagógico práctico por excelencia, cuyo contenido y finalidad han estado en debate por décadas, en términos de la especialización de conocimientos de la escuela rural (Padawer, 2013).

La antropología ha mostrado que, en cualquier espacio sociocultural e histórico, el crecimiento de la cría humana se vehiculiza socialmente a través de su participación en instituciones que varían en el tiempo, ampliándose progresivamente desde los espacios más domésticos hacia los más públicos, donde la especialización del conocimiento vinculado a la heterogeneidad social acompaña el proceso de creación de autonomía de los sujetos. En mi trabajo de campo en el sudoeste misionero, en ese sentido, pude ver cómo las interlocuciones entre saberes se multiplicaban y aumentaban significativamente en intensidad en la escuela secundaria agrícola. Reproduzco a continuación fragmentos de una conversación con un joven –Simón– que me refería como llevaba adelante la producción hortícola bajo cubierta de tomates, iniciada en su chacra a partir de conocimientos desplegados en la secundaria agrícola:

S: Acá está saliendo la flor, ya. De acá a dos meses justo, ya está madurando la fruta. Esta clase tiene que dar 10 coronas, aproximadamente. Cada corona da 5 a 7 frutos, así que tiene que dar más de 2 kilos por corona. A este tomate se le conoce como redondo, es la variedad coloso. Se lo riega a través de una cinta, cada

15 centímetros gotea el agua. (...) Se siembra en bandejas, speedling o bandejas multifaceta, cada bandeja tiene 128 celdillas. Se planta así porque la semilla es muy chica, se pone una en cada celda y uno trasplanta con un pan de tierra. Así se asegura el crecimiento de la planta.

E: y que cuidados tienen que darle?

S: Ahora estoy podando. Estos son chupones, brotes, que salen en cada hoja axilar. Esto se saca porque si no crece, incluso más rápido, que el cogollo. Lo que va a causar es demasiado volumen y no da fruto, o si da es demasiado chico, no es comercial. Entonces en vez de ser un beneficio que tenga varios brotes, varios ápices, es una pérdida. (...) Se riega una vez por día, casi siempre se controla el suelo. O sea, no es que sí o sí se riega una cierta cantidad por día. Si uno escarba un poco y ve que está un poco seco... Ahora por ejemplo, está especial. La tierra especial uno (se da cuenta porque) tiene que quedar así, sin chorrear. Ahí está ideal la humedad. De ahí un poco más, si es posible, pero el problema es cuando uno aprisiona, y se queda encharcada la tierra y chorrea agua, eso es demasiada agua. Y otra, si uno presiona la tierra y se desarma de vuelta, ahí falta agua. Esa es la técnica simple para cualquier planta, casi. Hay plantas, sí, que ocupan mucha menos agua. Las ornamentales, por ejemplo, tienen menos agua que esta clase, apenas se humedece la tierra. Pero no es una planta hortícola, casi todas las plantas hortícolas tienen que tener ese punto de humedad en la tierra (visita a la chacra de la familia de Simón, 2 de julio de 2009).

Como puede verse, el joven recuperaba intensamente los conocimientos escolares en función de prácticas cotidianas y realizaba traducciones entre la jerga especializada y los términos de uso cotidiano (“estos son chupones, brotes”). En su explicación sobre el trabajo en el invernadero, Simón proporcionaba detalles de rendimiento (“esta clase tiene que dar 10 coronas, aproximadamente. Cada corona da 5 a 7 frutos, así que tiene que dar más de 2 kilos por corona”), variedades utilizadas (“a este tomate se le conoce como redondo, es la variedad coloso”) y métodos de siembra (“Se siembra en bandejas, speedling o bandejas multifaceta, cada bandeja tiene 128 celdillas. Se planta así porque la semilla es muy chica”) por lo que recurría a un lenguaje técnico y predominantemente impersonal, propio de la conversación instruccional técnica escolar. A través de esas formulaciones lingüísticas, Simón podía referirse al ciclo ideal o esperado de las plantas de tomate, y mostrar, además, cómo ese conocimiento implicaba cierta ruptura con el sentido común. De esa manera la justificación de la poda, que “contradecía” el proceso de crecimiento de la planta, radicaba en el vínculo negativo de la abundancia de brotes y el tamaño de los frutos (“esto se saca porque si no crece, incluso más rápido, que el cogollo. Lo que va a causar es demasiado volumen y no

da fruto, o si da es demasiado chico, no es comercial. Entonces en vez de ser un beneficio que tenga varios brotes, varios ápices, es una pérdida”).

La hibridez de los conocimientos no tenía que ver con la determinación de grados en la incorporación de un saber técnico, sino con las condensaciones y yuxtaposiciones entre saberes que provenían de espacios institucionales de práctica distintos. Es así como este dominio técnico que exhibía el joven estudiante de la secundaria agrícola se articulaba con un conocimiento práctico, el que aparecía expresado a partir de sensaciones corporales que reemplazaban mediciones complejas (“no es que sí o sí se riega una cantidad por día. Si uno escarba un poco y ve que está un poco seco... Ahora, por ejemplo, está especial”). Ciertos términos del lenguaje ordinario (como “especial”) le permitían al joven condensar una serie de apreciaciones visuales y táctiles que no necesitaba traducir en palabras de la jerga técnica, que aprendió a reconocer en la escuela agraria (es decir, no necesariamente en los quehaceres en la chacra, el polo práctico por excelencia), y que lo habilitaban no solo a hacer, sino también a transmitir sucesivamente a otros interlocutores el conocimiento implícito acerca del riego.

De esta manera, las formas de participación periférica en actividades agrícolas dentro y fuera de la escuela le permitían a este joven aprender, desde actos simbólicos no verbales, procesos demostrativos y señales, cómo proceder para realizar un diagnóstico de humedad del suelo. Pero además estas percepciones, que procedían de experiencias personales aprendidas, no se mantenían en el polo “práctico”: se integraban en explicaciones técnicas y conceptos generales que había trabajado en la escuela; por eso Simón podía extender su afirmación: “casi todas las plantas hortícolas tienen que tener ese punto de humedad en la tierra”, por lo que recuperaba así una explicación que excedía el contexto de la actividad que estaba realizando.

5. LAS VISITAS DE LOS TÉCNICOS

Si continuamos con las trayectorias vitales de los pequeños productores y vamos más allá de las escuelas secundarias agrícolas, uno de los espacios privilegiados de conversación acerca del quehacer en la horticultura bajo cubierta y la mandioca es el de las visitas de los técnicos agrícolas a las chacras. A continuación presentaré una serie de fragmentos de una visita que Julián, un joven extensionista, realizó a Don Lisandro. Estas visitas formaban parte de su trabajo de promoción de la horticultura, ya que este hombre era un viejo voluntario del Programa PROHUERTA (propuesta gubernamental destinada a incentivar la diversificación productiva orientada al autoconsumo).

En términos de conocimientos prácticos y científico-tecnológicos en interlocución, Julián me permitió ver concretado el “camino ideal” propuesto por el sistema educativo formal, ya que al ser hijo de colonos, había atravesado exitosamente todos los niveles educativos de los estudios agrícolas, sin perder el vínculo con las actividades formativas prácticas en la chacra de sus padres. Como resultado de ese recorrido, Julián participaba de diversas comunidades de práctica y espacios de sociabilidad técnica con colegas de organismos públicos, con vecinos, asociaciones y también mediante la producción de la chacra familiar. Este último era un espacio donde Julián podía realizar ensayos en la cría de animales, que compraba y vendía a la par con los productores supervisados por él en el INTA. Como Julián mismo reconocía, esa trayectoria de vida exitosa ligada a la educación formal sobre la actividad rural no era habitual para la mayoría de los hijos de la “gente de la colonia” de la zona, por eso el extensionista problematizaba el éxodo rural como un proceso de quiebre en la producción de conocimiento práctico entre generaciones:

J: se critica mucho el éxodo de los chicos del campo. Eso sale en nuestras reuniones del INTA, pero no es culpa de los chicos ni tampoco de los padres. Si vos ves que tu padres estuvieron toda la vida en la misma, se mataron toda la vida trabajando en la chacra y no tienen nada, porque por ahí la chacra no es productiva, no tiene posibilidades, y... es seguro que el chico no se va a quedar allá! Se va a ir a la ciudad donde al menos tiene los servicios básicos, internet. (...) Si vos tenés una chacra de 25 hectáreas, como son las de acá, tenés que trabajarla muy bien para que rinda. Al norte de la provincia las chacras son más productivas, (...), y por ahí lo que ves es que el productor no vive en la chacra, porque como le va bien, se va al pueblo a vivir y va a la chacra a trabajar. (...) Entonces por ahí el hijo ya ni conoce la chacra, porque nació en la ciudad, no va para nada, ya está pensando en estudiar, entonces [sabe] cero de la chacra. O están en manos de grandes empresas forestales como Papel Misionero, Alto Paraná, que compran grandes cantidades de tierra, el productor por ahí le vende y pasa a engrosar la parte periférica de la ciudad (...). Ahí mejora [sus condiciones de vida] por el servicio, pero su trabajo y calidad de vida es peor! Porque en la chacra por ahí no hay servicios (...) pero la calidad de los alimentos es mucho mejor, en la ciudad es todo caro... (entrevista a Julián en la AER, julio de 2011)

Si bien no era precisamente su caso, Julián advertía a su alrededor que en aquellas familias de “gente de la colonia” que habían logrado capitalizarse, la búsqueda del bienestar urbano y los procesos de concentración de la tierra conspiraban para distanciar a los herederos de las experiencias que

les permitían aprender mediante la participación en las actividades productivas (“el hijo ya ni conoce la chacra”) y, consecuentemente, los proyectos de futuro eran mayoritariamente urbanos. Para quienes no pudieron lograr en las primeras dos generaciones de vida en la colonia cierta capitalización (básicamente tierras y tecnología), la permanencia en el campo permitía transmitir intergeneracionalmente el conocimiento práctico, pero esto ya no era suficiente: los productores se veían cada vez más jaqueados por la falta de conocimientos técnicos con los que afrontar las desventajas en términos de recursos productivos (“si vos tenés una chacra de 25 has, como son las de acá, tenés que trabajarla muy bien para que rinda”). El contacto con los técnicos gubernamentales era casi la única opción para los colonos no capitalizados, ya que su economía de subsistencia reducía las posibilidades de que sus hijos viajaran a estudiar en contextos urbanos y proveyeran ellos mismos, a través del recurso de la educación formal, las vías para mantenerse como productores.

De estos dilemas entre educación formal y éxodo rural provenía una idea fuerza que orientaba la relación del extensionista con la “gente de la colonia” en una articulación vertical (Schivoni y Micco, 2008): los técnicos tenían que difundir entre los productores el “saber hacer bien”, lo que en la jerga técnica suele denominarse “buenas prácticas” o “manejo”. Como participante de un organismo que históricamente ha articulado la producción de conocimientos locales con su difusión (la divulgación de “adaptaciones técnicas”), Julián asumía la división formal institucional del INTA como extensionista, y se movía en el campo de conocimientos agrícolas verificados y transferibles. Por eso, al procurar que los productores trabajen bien, establecía una mirada evaluativa sobre su quehacer donde el saber técnico-científico era parámetro implícito de comparación: era lo que posibilitaba superar las condiciones desfavorables (“por ahí la chacra no es productiva”) donde el conocimiento práctico era representado como un hacer rutinario e infructuoso (“estuvieron toda la vida en la misma, se mataron toda la vida trabajando en la chacra y no tienen nada”).

En esta AER, el INTA intervenía con los colonos menos capitalizados, principalmente a través del Programa PROHUERTA, una iniciativa desarrollada en colaboración con el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, que proponía incentivar la agricultura orgánica, la capacitación y el acompañamiento técnico de los productores con la intervención de promotores voluntarios –como Don Lisandro–, y organizaciones de la sociedad civil. En el relato sobre su intervención, Julián presentaba una distinción entre la producción de autoconsumo y aquella orientada a la producción de excedentes, por lo que les otorgaba una atención diferencial ya que la segunda era, en

definitiva, la que podía garantizar la permanencia de los productores en una etapa de creciente concentración de la agroindustria forestal. Por eso, si bien la agricultura orgánica de autoconsumo era uno de los ejes de su trabajo como técnico del PROHUERTA, la actividad destinada al mercado era el principal objetivo en su labor de extensionista, ubicando allí el foco de su lugar como transmisor de conocimientos técnicos precisos:

J: Acá se trabaja siempre para mejorar la genética, les damos ayuda para que el productor prepare su alimento, un alimento balanceado tratando de que sea el menor costo posible, pero que sea un alimento que te sirva, que te genere carne en el animal, que vaya aumentando de peso. (...) Se muele maíz, expeler de soja, harina de carne y alguna otra vitamina...

E: ¿mandioca?

J: no, mandioca no porque la mandioca es más que nada carbohidrato, y el carbohidrato al chanco no le sirve mucho. [le comento que algunas familias que visité alimentan a los cerdos con mandioca]. Es que si es para autoconsumo es diferente, porque no estás apurado para que el chanco alcance el peso x, digamos. Cuando el productor tiene chanchos para vender [es diferente] tratamos de... no es nada raro, pero a los tantos días hay que destetarlo, y a los tantos días hay que matarlo o venderlo, sino se torna antieconómico, tener ahí el chanco que come, come, y no crece. Entonces se trabaja técnicamente, con un porcentaje de proteínas para esa edad del animal, lo que recomiendan, está todo estudiado, no es nada raro... lo que se trata es de asesorar al productor, que haga una ficha de las madres, cuando pare, cuando entra en celo, los gastos, las ventas, para que vea si le cierran los números. Organizar un poco la actividad del productor (...) la gente piensa que vos le das al chanco una jarra de maíz por día y tiene que comer, engordar y generar y vos ganar plata, y no es así la cosa. Nosotros trabajamos bien la dieta, como tiene que ser, si el chanco come el porcentaje de proteínas de acuerdo a su tamaño, a su edad, a su ciclo productivo, todo bien organizado, es difícil pero se logra. (Entrevista a Julián en la AER, julio 2011).

Si seguimos el testimonio de Julián, la "gente de la colonia" que "trabajaba bien" era aquella que podía aprender una serie precisa de procedimientos técnicos para garantizar la rentabilidad. Había un contraste marcado entre la imprecisión del conocimiento práctico de aquellos que criaban cerdos para el autoconsumo ("la gente piensa que vos le das al chanco una jarra de maíz por día y tiene que comer, engordar y generar y vos ganar plata, y no es así la cosa") y las certezas científico técnicas que debían aplicar quienes producían excedentes para el mercado ("a los tantos días hay que destetarlo, y a los tantos días hay que matarlo o venderlo, sino se torna antieconómico", "está

todo estudiado, no es nada raro”). La precisión temporal del ciclo de cría y la proporción de cada componente en la alimentación eran hechos comprobados técnicamente y, a la vez, distantes de lo que reconocía como habitual entre sus productores; de ese modo justificaba su intervención unidireccional, de arriba hacia abajo, de las certezas técnico-científicas a las falsas creencias del conocimiento práctico que impedían la capitalización. Lo mismo sucedía incluso cuando se trataba de actividades tradicionales en la zona, como la producción de yerba mate en la chacra diversificada de autoconsumo, donde el conocimiento práctico acumulado debía ser mayor, pero no estaba exento de “malos manejos”:

J: ahora este año empezamos con un programa de Cambio Rural, con productores de yerba mate que tienen yerba degradada, Es un proyecto del INYM, el Instituto de la Yerba, lo que vamos a hacer es reconvertir esos yerbales, cambiar 3 hectáreas de ese yerbal malo para otra actividad productiva, y hacer 1 hectárea de yerba bien hecha, que vos en 1 hectárea tengas lo que te están rindiendo las 3 hectáreas. La idea es sacar entre 12 y 15.000 kilos por hectárea. (...) De una plantación buena se saca tranquilamente eso. O sea, la gente tiene los yerbales que nunca hicieron nada, hicieron mal los cortes, manejaron mal el suelo, un yerbal que te da 2.000 kilos, que no te da nada. Entonces es complicado. (...) la idea es que los productores mejoren su producción en esa hectárea y en las otras hectáreas la idea es que ellos foresten, hagan potrero, otra actividad productiva para diversificar un poco la chacra, porque son chacras chicas, de hasta 10 hectáreas. Yo voy a acompañar a los productores (entrevista con Julián en la AER, marzo 2012).

La diversificación de la chacra yerbatera resultaba así una propuesta técnica que se debía aprender, con un diseño preestablecido y preciso orientado a la generación de excedentes que “hicieran viables” las chacras. Si bien el extensionista reconocía que se trataba de una estrategia de subsistencia histórica de los colonos, su intervención estaba orientada a modificar sustantivamente del modo de hacer local (“la gente tiene los yerbales que nunca hicieron nada, hicieron mal los cortes, manejaron mal el suelo”), por lo que el consenso de técnicos y “gente de la colonia” acerca de la conveniencia de la diversificación productiva era más bien de fines, pero divergente en los procedimientos o “modos de hacer” esa diversificación.

Al formular las dicotomías entre el conocimiento práctico y el científico, la intervención del extensionista parecía suponer un reemplazo de una forma de hacer por otra, un proceso de persuasión que debía lograr para que los productores dejaran prácticas de manejo equivocadas, y las sustituyeran por aquellas comprobadas científicamente. Esta idea, que por otra parte es propia

del sentido común y consiste en el supuesto de que uno “desecha” una idea para adherir a otra, es plausible de ser discutida desde la antropología centrada en los procesos de conocimiento anteriormente presentada. En tal sentido, en mi trabajo de campo lo que he podido ver es que este cambio conceptual no radicaba en reemplazos sino más bien superposiciones, condensaciones de formas de pensar y hacer, muchas veces contradictorias entre sí.

Esto es lo que mostraré a partir de una serie de conversaciones del extensionista con Don Lisandro, quien vivió su juventud en obrajes, montes y trabajando en la tarea (cosecha de yerba), lo que le permitía recuperar algunas experiencias de aprendizaje en su infancia como hijo de un trabajador citrícola (“a la edad de 7 años yo miraba como papá hacía, y yo me iba y también hacía. Y despacito uno va mirando lo que el otro hace y así aprende”) y, luego, como adulto en la horticultura bajo cubierta promocionada por el INTA. En este conocimiento práctico vinculado a la citricultura y la horticultura era donde los técnicos del INTA aparecían como interlocutores privilegiados de Don Lisandro, en una comunidad de práctica donde podían discutir sobre “cómo se hacen las cosas”:

L: Yo anduve mucho por las escuelas cuando mis hijos estudiaban, estuve en comisión de cooperadora 27 años.. Y el problema de la huerta en la escuela es el riego, nosotros peleamos mucho con eso, y al último se vio que eso no andaba. Nosotros estuvimos con Paco [extensionista del INTA], que era un hombre muy interesado en eso. (...) y al final hablamos con Paco y yo le dije: esto va a funcionar poco, por el tema del riego. Y hay que cuidar de las hormigas también, porque como eso es orgánico... El agroquímico de a poquito te va matando. Porque todo lo que compramos, que viene del invernáculo, está lleno de químicos. Desde el día que se le siembra. Pero lo orgánico, cuando vas a producir poquito así puede andar, si vas a hacer para venta ya no va. Porque te ocupa un tiempo demasiado largo. (...) muchas veces de acá salíamos con el ingeniero a hacer una enseñanza de hacer injertos, (...) no digo que yo sea un maestro ni nada porque puede haber muchos otros que saben mejor que yo... (...) Yo le cuento como yo injerto, a la edad de 7 años yo miraba como papá hacía, y yo me iba y también hacía. Y despacito uno va mirando lo que el otro hace y así aprende. Y haciendo las reuniones del INTA como nosotros hacíamos, ahí se aprenden muchas cosas. Y a lo mejor uno cree que sabe sembrar verdura y no sabe, yo con el INTA aprendí muchas cosas. (entrevista con Don Lisandro y Julián, el extensionista, en la chacra del primero. Marzo 2012)

Su participación como voluntario del PROHUERTA le permitía a Don Lisandro esbozar un debate sobre la agricultura orgánica en la producción

de autoconsumo y la horticultura bajo cubierta, tensionada entre la rentabilidad comercial y la protección de la salud pública (“el agroquímico de a poquito te va matando. (...) Pero lo orgánico, cuando vas a producir poquito así puede andar, si vas a hacer para venta ya no va”). Estas afirmaciones formaban parte de una intervención donde explícitamente se ubicaba en una posición alternada de maestro-aprendiz de sus pares (“no digo que yo sea un maestro ni nada porque puede haber muchos otros que saben mejor que yo”), pero explícitamente subordinada respecto de los técnicos (“a lo mejor uno cree que sabe sembrar verdura y no sabe, yo con el INTA aprendí muchas cosas”). No obstante ubicarse en un lugar inferior en una jerarquía de dominios técnicos sobre el agro, Don Lisandro llegaba al meollo de la discusión sobre la rentabilidad de la huerta orgánica, y participaba así de las tensiones en que los propios extensionistas se encontraban: mientras promocionaban la agricultura libre de tóxicos, incentivaban la producción de excedentes mediante la incorporación de químicos, ya que entendían que esta era la única posibilidad de mantener la viabilidad de las chacras en un mercado de tierras altamente concentrado.

6. EXPERIMENTANDO

Como se pudo apreciar en el recorrido hecho hasta aquí, el conocimiento vinculado a la horticultura que se ponía en juego en el espacio de sociabilidad de las visitas de los técnicos a las chacras, incluía certezas y dudas para todos. Sin embargo, los espacios para expresar la provisionalidad del conocimiento eran básicamente dos: las consultas de los productores y la realización de experimentaciones. Para dar cuenta de ellos, a continuación recuperaré una serie de fragmentos que aluden a la experimentación en cultivos para la producción porcina tecnificada y el agregado de valor en mandioca, en una visita a otro productor realizada por el mismo extensionista.

Gino era un productor especializado en cerdos, propietario de la tierra que heredó de su padre. Trabajaba en estrecha vinculación con el INTA, en su caso partir de la diversificación orientada por el programa PROALIMENTOS: su chacra era espacio de experimentación en forrajes, biodigestores y tecnología aplicada a la conservación de la mandioca, ya que integraba una cooperativa que participaba en el Cluster de la Mandioca Misionera:

J: con Gino vas a ver lo que es trabajar bien, no trabajar a la bartola. La mayoría hace todo mal, los crían como vienen. Armamos un sistema biodigestor, con un sistema de descontaminación de agua con 3 piletas, canaletas, toda una cosa muy

bien hecha. Porque el productor tenía un criadero ya grande, pero nunca había usado, nunca controló el tema del estiércol, digamos. Había dos canaletas que iban así hacia un bajo, era un desastre. Nosotros lo que hicimos fue aprovechar eso para hacer gas [para calefaccionar a los cerdos], y después el biodigestor es un descontaminador de agua, pasa a unas canaletas donde vos sacas el abono para tu chacra. Tenés tres piletas donde hay agua, y en las dos últimas vos crías pescado, tenés plantas acuáticas, y al final podés re-bombear el agua y usar para lavar nuevamente (Conversación con Julián en la AER, previa a la visita a la chacra de Gino, marzo de 2012).

La intervención del INTA implicó un cambio en los procesos de trabajo de Gino en la chacra, donde lo que estaba “bien hecho” fue supervisado periódicamente para lograr un aprovechamiento integral de los recursos: que los residuos sólidos de los cerdos se usaran de combustible y abono, que el agua que descontaminaba los residuos se utilizara para criar peces, que en el espacio acuático generado se instalara una isla de conejos. La interlocución de Gino con el INTA se vio facilitada por un umbral de recursos que ya disponía (“tenía un criadero ya grande”), y las comunidades de práctica que fue estableciendo con los expertos le permitieron desplegar una diversificación fuertemente orientada desde el saber técnico y destinada a la producción de excedentes, es decir, sin los problemas que presentaba Don Lisandro para superar el límite de la producción para el autoconsumo.

En estas comunidades de práctica, los técnicos trajeron novedades para “probar” que Gino no dudó en implementar, como el uso de plantas poco habituales para el forraje vacuno como la morera. Como puede verse en el siguiente testimonio, Gino participaba del discurso técnico experto periféricamente, ya que no se detenía en una descripción completa de las ventajas del producto forrajero en términos de la digestibilidad o la degradabilidad del alimento, sino que había focalizado en la nutrición, usando cierta jerga y datos numéricos precisos (el “porcentaje de proteínas” que proporcionaba):

G: esta es la moladora de maíz [que uso] para los chanchos. Funciona a electricidad o a nafta [explica que pudo hacer esa adaptación por sus conocimientos de mecánica]. Expeler de soja también muelo. Mandioca para las vacas sí, para los chanchos no. Acá le doy la ración a los terneros. Y esas son las moras que vinieron ahora, para implementar para la lechería, porque tienen el 23% de proteínas. Eso lo planté en agosto (entrevista en la chacra de Gino, marzo de 2012).

En el fragmento anterior, Gino subrayaba su habilidad para adaptar un motor para el uso de dos fuentes de energía distintas. Esta afirmación es

interesante para considerar cómo las trayectorias asociadas al éxodo rural no tenían necesariamente consecuencias negativas en términos de conocimiento; si bien implicaron en ocasiones discontinuidades en la transmisión de saberes prácticos (como indicaba Julián el extensionista), en el caso de Gino le permitieron adquirir una instrucción en mecánica que resultó valiosa para la chacra tecnificada. Como veremos después, este productor consideraba la mecanización como factor clave para la rentabilidad.

El trabajo de campo me mostró que el dominio diferencial de la jerga era constitutivo de los espacios institucionales de sociabilidad técnica en los que los actores participaban, los que en las visitas marcaban posiciones determinadas. Mientras Julián, el extensionista, hablaba de “madres de reposición”, Gino me traducía: “son futuras madres”. El productor entendía lo que decía el técnico pero no usaba esos términos para aludir a sus procedimientos de cría: no se trataba solamente de sinónimos, sino de matices en las formas de entender lo que hacían como productores: no era lo mismo pensar en las relaciones entre humanos y animales subrayando las semejanzas como seres vivos (“futuras madres”), que las diferencias entre sujetos y objetos (implícita en la idea de “madres de reposición”). Se trataba de diferencias metodológicas pero también ontológicas que, como señalaba al comienzo del trabajo, no considero mutuamente excluyentes: su importancia radica en que permiten entender estas posiciones híbridas de conocimiento práctico-científico que se ponen en juego en el quehacer rural.

De esta manera, mi trabajo de campo me mostró que los especialistas y los productores agrícolas familiares sostenían diferencialmente conocimientos derivados de ambos polos (práctico y científico), los que se iban superponiendo y condensando, sin que por ello dejaran de existir diferencias que el dominio relativo de uno u otro pudieran involucrar. Estas diferencias se ponían en juego especialmente en aquellas comunidades de práctica donde se establecían proyectos “experimentales”, ya que allí los distintos actores ponían en consideración del otro (debían explicitar) los fundamentos de las acciones que estaban llevando adelante. El reconocimiento de estas diferencias es importante para la antropología, ya que permite discutir las equivalencias que el relativismo extremo parece en ocasiones sugerir: no se trataba de opciones con la misma legitimidad, ni los actores sociales tenían las mismas posibilidades de acceder al conocimiento legitimado. Esto puede verse en el siguiente fragmento, donde conversando sobre la composición del alimento balanceado, lo que para Gino era “maíz molido” o “alimento” (atendiendo a cualidades de aspecto, manufactura y precio) para Julián era “un maíz especial, que es neutralizador de micotoxinas” (atendiendo a enfermedades):

G: Ahí tengo el maíz molido, el expeler de soja, todo lo que mezclo... Porque es carísimo ese alimento. 170\$ el kilo sale, eso es para lechones de hasta 20 kilos [muestra un empaque de un suplemento vitamínico y otro de un alimento balanceado].

J: eso está hecho con un maíz especial, que es neutralizador de micotoxinas, porque si no el maíz viene con micotoxinas (entrevista en la chacra de Gino, marzo de 2012).

Como señalaba anteriormente, las intervenciones del extensionista estaban orientadas a las decisiones cotidianas sobre la diversificación, que era reconocida como un conocimiento práctico que debía ser intervenido técnicamente en pos de las “buenas prácticas”. Si en las conversaciones con Don Lisandro la diversificación tenía que ver fundamentalmente con el autoconsumo, en las visitas a la chacra experimental de Gino la diversificación se orientaba a mejorar un margen de rentabilidad:

G: [hablando sobre la rentabilidad de la yerba y los lechones] Hay que reducir el espacio en la chacra y procurar hacer bien las cosas. Y hacer uno, porque si mandas a hacer tu ganancia lleva todo el peón. Acá viene uno un día por semana, dos o tres mediodías para ayudarme a moler maíz, una limpieza por ahí, es demasiado cara la mano la mano de obra. Hay mandioca, maíz para el gasto, para la venta no planto más nada. Maíz compro de Santa Fe (...) ahí un solo tipo planta miles de hectáreas. Acá vos tenés que plantar todo a mano. Si no mecanizas no funciona nada. (...) Para los chanchos compro, para las vacas se da lo que hay, meta pasto y mora. Los animales tengo para limpiar la chacra, yerbales, pinal. Tengo 10 hectáreas de pino. Yerba está todavía la que plantó papá, tiene 80 años (risas), se sacan 15.000 o 20.000 kilos, había 12 hectáreas, ahora habrá 5 (entrevista en la chacra de Gino, marzo de 2012).

La expresión: “hay que reducir el espacio en la chacra y procurar hacer bien las cosas” resumía las posibilidades de Gino para trasponer los límites del autoconsumo y producir excedentes en la diversificación. Al ser un colono, la mano de obra era exclusivamente suya, aunque podía contratar un trabajador para las tareas más pesadas, donde la rentabilidad se medía en relación al posible uso de la tecnología para esas mismas tareas (“si no mecanizas no funciona nada”). Siguiendo los consejos de los técnicos (“meta pasto y mora”), combinaba los nuevos forrajes con los tradicionales como la mandioca y el maíz, que producía exclusivamente para la nutrición animal (“para el gasto”).

Mientras “experimentaba” en forrajes, Gino apostó modestamente a la forestación y mantuvo los yerbales familiares sin cambios: este último aspecto

permite ver cómo en su chacra convivían modos de hacer modélicos desde el punto de vista de la innovación técnica, así como otras formas de producir que habían sido objeto de crítica desde el INTA y que el productor mismo reconocía risueñamente como problemáticas (“yerba está todavía la que planto papá, tiene 80 años”). Esta heterogeneidad de formas de hacer me permitió ver que los procesos de aprendizaje explícitos, vinculados a la conformación de comunidades de práctica con participación de técnicos y centradas en lo experimental, se recortaban sobre una serie de conocimientos prácticos que no se cuestionaban, incluso en esas mismas actividades productivas:

G: a la directora de la EFA yo le conozco. Hicimos dos años de un curso de cría de ganado.

J: un programa de Cambio Rural tenía ella.

G: Nos reuníamos acá. Íbamos a todos los lugares donde había una idea que rescatar, una pastura nueva, hasta Montecarlo fuimos. Fuimos al INTA, a todos lados. Teníamos ganas de hacer algo y realmente aprendimos porque si no íbamos a estar con el jesuita común. Hay que ir a mirar las pasturas nuevas que hay. Cada vez estamos adelantando. Ahora hay que ver cómo anda la mora. Hasta se hacen los ensayos de mandioca. Mañana tenemos que hacer una práctica. (...) Hace años venimos haciendo. Hicimos una cooperativa para lavar la mandioca y procesar. Mañana vamos a procesar para ver cuánto tiempo dura. Tenemos 3 o 4 productos para probar y ver cuál anda mejor.

J: para alargar la vida útil de la mandioca. Se usa parafina o cera para que la mandioca no se descomponga, no se ponga fea (entrevista en la chacra de Gino, marzo de 2012).

Como surge del testimonio anterior, el productor compartía desde hacía tiempo con los técnicos una actitud interrogativa respecto de las pasturas y nutrición animal (“íbamos a todos los lugares donde había una idea que rescatar, una pastura nueva... y realmente aprendimos porque si no íbamos a estar con el jesuita común”), que mantenía hasta hoy (“ahora hay que ver cómo anda la mora”). Sin embargo, en relación a la mandioca, la comunidad de práctica se focalizaba en la etapa de la comercialización, sin abordar la fase productiva ni la manufactura. (“se hacen ensayos de mandioca. Mañana tenemos que hacer una práctica”). Estas instancias de sociabilidad técnica vinculadas al agregado de valor de la producción primaria (“hicimos una cooperativa para lavar mandioca y procesar”) dejaban sin intervenir las otras fases del ciclo productivo.

7. ESPACIOS DE SOCIABILIDAD TÉCNICA EN COOPERATIVAS

Un proceso similar de foco en la fase comercial en las “conversaciones técnicas” puede verse en las reflexiones de dos ingenieros agrónomos que solían trabajar juntos, uno desde el INTA (Ricardo) y otro desde una cooperativa yerbatera (Osvaldo), asociación que había incursionado de modo reciente en la producción de almidón de mandioca y en conservas que provenían de las huertas de los socios:

O: Con el cluster de mandioca no hay un mucho avance, es como si estuviéramos jugando un partido de truco y los cuatro tenemos un cuatro de copas. El otro día le decía a la gente nuestra: para mí hicimos una fábrica para nada, porque era un dinero que el gobierno podía dar, y como nosotros somos considerados como serios, responsables... bueno, se hizo una fábrica acá. Yo le dije al dirigente: cuando se habló de hacer la fábrica de mandioca vos levantaste la mano para que se haga acá ¡y ahora no me plantás una hectárea de mandioca!; y me dice: no, ingeniero... no planto porque me afanan, porque es caro, porque ¿cuánta carpida tengo que hacer? Y le digo: ¿quién va a plantar para que esa cosa funcione? Porque tenemos la fábrica, pero nos falta la materia prima. Yo les digo: Muchachos, ¡ustedes son los socios, ustedes son los dueños, son los que tienen que plantar! Yo les consigo la variedad, yo les consigo el herbicida, porque ahora estamos aplicando, yo implementé eso de aplicar algunos herbicidas para achicar un poco la mano de obra, pero hay que producir. Y otra cosa, vos te vas allá y tenés una montaña de almidón ahí dentro ¡Se llega a meter la polilla y sabés la pérdida que tenés! Porque nosotros somos chiquitos, plata que metés tenés que recuperar, pero no se vende porque no hay precio (conveniente), se está importando.

R: el año pasado estaba 1,40 el kilo de mandioca, ahora está 55 centavos. La bolsa de mandioca el año pasado te la sacaban de la mano a 100 pesos, hoy tenés que venderla a 50\$, y todo subió, los combustibles, todo. Y qué pasó, para que no suba el precio al consumidor importaban de Tailandia, de Brasil, de Paraguay. Para que no haya inflación. (...) Entonces la gente dejó pudrir la mandioca, porque no conviene. Después se arma el cluster, muy bien, pero igual se está importando!. Yo a él lo veo todos los días llorando, para que el productor plante mandioca y la fábrica pueda funcionar.

O: vamos a ser sinceros, a nosotros se nos trancó eso el año pasado. Y continuó este año. Hace un mes más o menos, se destrancó. A veces charlamos, yo que estoy en la parte productiva, el técnico que está en procesos y el de comercialización. Y le dije a mis compañeros: -vi dos camiones cargando almidón. Y me dijeron que sí, que se está vendiendo muy bien almidón en Corrientes. Lo que

te jode es que venís haciendo una carrerita, que venís trayendo normalmente... Nosotros necesitamos 3.000.000 de kilos de mandioca, y somos 150 socios, a 1 hectárea cada uno, a más o menos 10.000 kilos, ya tenemos 1.500.000. Y después el resto lo compramos a particulares, los tareferos nuestros, tenemos un tractorcito, le preparamos el terreno, ellos plantan la mandioca en el yerbal del patrón (del socio), de paso les limpian la yerba y sacan la mandioquita. Entonces llegamos tranquilamente a los 3 millones, pero cuando se tranca así, que vos pagaste el kilo a 1,50 el año pasado, y ahora le pagas 1\$ o menos, el productor te dice: –Pero ingeniero, a mí la carpida me aumentó, la plantada me aumento, usted me mandó el tractor y me sale más cara la preparada de terreno, y el tipo tiene que venirse para atrás (ganar menos). Entonces vos no tenés qué decirle, le necesitás el próximo año, porque no podés pensar que esto se va a pudrir todo, la fábrica está ahí, nosotros tenemos que seguir (entrevista en la cooperativa con Ricardo –técnico encargado del área de producción– y Osvaldo –técnico de la AER–, 2 se septiembre de 2015).

Del diálogo anterior surge cómo, al igual que Gino (productor de cerdos y participante de una cooperativa hortícola que comercializaba mandioca fresca, cuyo agregado de valor tenía que ver con un proceso de conservación o parafinado), para los socios de esta cooperativa la mandioca era considerada principalmente un producto “para el gasto”, consumo de animales y alimentación humana (por lo que se mantenía fuerte, en este caso, la identidad yerbatera de la asociación). Esto conducía a que los productores, aun contando con una planta de almidón facilitada por un subsidio del gobierno, no produjeran lo suficiente para llegar al cupo de lo que estimaban rentable para mantener la planta en funcionamiento (les alcanzaba con que cada uno de los 150 socios plantara una hectárea). Esta posición auxiliar de la mandioca parecía vincularse con las tradiciones productivas de las cooperativas (en un caso respecto de la huerta, en otro de la yerba), que hacía que resulten más efectivas las especializaciones ligadas a productos primarios (como los cerdos y las conservas, respectivamente), que en un cultivo destinado a la manufactura industrial.

Por otra parte, en el diálogo anterior puede verse que Osvaldo, el técnico encargado del sector productivo de la cooperativa, había implementado una serie de mejoras (“Yo les consigo la variedad, yo les consigo el herbicida, porque ahora estamos aplicando, yo implementé eso de aplicar algunos herbicidas para achicar un poco la mano de obra”), las que incluían cierta renovación en la gestión empresaria-familiar de la mano de obra (ya que habían implementado una ayuda con mecanización a los tareferos para aprovechar el plantado intercalado de yerba y mandioca). Su foco de reflexión estaba

ubicado lógicamente en su sector, aunque era mayor su preocupación por la fase comercial, y era menor su interés por la manufactura. El técnico de la AER explicaba, en otra oportunidad, el énfasis en los conocimientos sobre lo productivo y lo comercial en detrimento de la manufactura, vinculado al tamaño de las cooperativas:

R: esta cooperativa (que tiene la fábrica de almidón) tiene muy poco de producción de yerba molida, en paquete. La otra cooperativa, que es más grande, si canaliza toda su producción en paquete, cierra el ciclo (producción, secanza y molienda). Esta cooperativa tiene muy poca producción, un 10% de la canchada llegan a moler, tienen un molino muy chiquito, obsoleto, está haciendo conocer la marca. De todas formas la mayoría son productores de yerba verde, al ser productores que integran una cooperativa son dueños de la empresa, ya sea que produzca canchada (las más chicas) o molida (las más grandes). Cuando estás dentro de la cooperativa el negocio (la comercialización) lo tenés resuelto. Tienen gerente de ventas, de producción, profesionales expertos en las grandes cooperativas que vienen de Entre Ríos, Buenos Aires. Se van a las ferias, los congresos, las exposiciones, se mueven en ese ambiente. Los del consejo (de la cooperativa) son todos de acá, los socios se integran solo en la parte productiva, la parte técnica se focaliza ahí, algunos son incluso profesionales, ingenieros agrónomos (entrevista con Ricardo, técnico de la AER, 30 de agosto de 2015).

De lo anterior surge que, en los pequeños productores familiares asociados en cooperativas cuyo fuerte han sido históricamente otros productos; el proceso de apropiación técnica estaba ligado a conocimientos prácticos que circulaban a través de relaciones entre los socios de cooperativas y los técnicos vinculados a la etapa de la comercialización. Gracias a esto se recuperaron, puntualmente, algunos conocimientos vinculados a la producción primaria desarrollados en el marco del complejo científico tecnológico –como los marcadores genéticos de variedades, llevados adelante por la EEA del INTA Cerro Azul– (Morandi y Pirker, 2012) y las tecnologías de post cosecha. Desde estos actores, el cluster se recortaba como un espacio donde el tema central era la comercialización (así como el acceso a los subsidios gubernamentales para la actividad industrial):

R: el otro día le decía a un funcionario, a mí me da pena, uno recorre la zona mandiquera y la erosión que está generando es impresionante. Tenemos que ver no solamente como la vendemos, la parafinamos, sino como dejamos el suelo. Y de ahí vemos si queremos seguir produciendo mandioca o no. Entonces, que en el cluster se vea de proveer niveles para trabajar en suelo y técnicos que manejen adecuadamente los cultivos. Que esté la parte de investigación, de producción,

de elaboración, no solamente de venta. (entrevista con Ricardo, técnico de la AER, 30 de agosto de 2015).

De este modo, la asistencia técnica en interacción con los pequeños productores se mantenía focalizada en la venta, aun cuando había también incursiones puntuales en el proceso industrial, por ejemplo en torno al manejo de residuos, como un extensionista relataba:

Julián: Tenía que hacer una rendición en la UIA, porque estamos haciendo un proyecto de un sistema de descontaminación de aguas residuales de una fábrica de harina de mandioca, pionera, con un biodigestor gigante. Terminamos una primer parte del proyecto que es la compra de todos los materiales, construcción de la fosa, para hacer la segunda etapa que es la instalación del sistema (entrevista a Julián en la AER, marzo de 2012).

8. ALGUNOS APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA PARA PENSAR EL DESARROLLO. ACTORES Y ESCALAS PARA ENTENDER LOS ESPACIOS SOCIALES EN TRANSFORMACIÓN

El análisis antropológico de los conocimientos puestos en juego en la agricultura familiar, las escuelas y las visitas de los técnicos agrícolas en el sudoeste misionero refiere a procesos sociales que van mucho más allá del acontecer diario. Permite pensar el desarrollo sin caer en paternalismos, relaciones jerárquicas entre quienes “saben” y quienes tienen que aprender cómo “hacer bien”, cuestión que, como he intentado mostrar, no es cuestionable solamente en términos morales sino que es errada en términos conceptuales. Las dicotomías entre saberes prácticos-locales y saberes científicos-universales se expresan en la realidad social a través de condensaciones de saberes que provienen de uno y otro ámbito, que los sujetos ponemos en juego ante los problemas que se nos plantean en nuestro quehacer ordinario. Si partimos de la idea de que hay gente que, para poder llegar a niveles de desarrollo social aceptable, debe reemplazar conocimientos “equivocados” por otros ciertos o “verdaderos”, estaremos persiguiendo un objetivo destinado al fracaso, porque la gente no aprende sobre lo que hace de esa manera.

La antropología puede aportar a los procesos de desarrollo a partir de intervenciones directas, pero también desde sus reflexiones teóricas fundamentadas en conocimientos empíricos detallados, estudios a largo plazo que permiten discutir principios teóricos que fundamentan, inadvertidamente, modos de intervención técnica. De las tradiciones antropológicas

nacionales hegemónicas a nivel mundial, la norteamericana se caracteriza por la importante cantidad de estudios aplicados. Un debate publicado en *Anthropology and Education Quarterly*, Rockwell (2009) subrayaba que la etnografía podía, sin duda, contribuir a los procesos de transformación (en su caso de interés, de las prácticas educativas), pero no tanto quizás a través de intervenciones directas de los investigadores, sino a través del análisis de los procesos políticos y acciones colectivas que orientaban dichos cambios. Esta posición “cauta”, como ella misma la calificaba, reivindicaba la importancia de la antropología para mostrar la complejidad de los procesos educativos, donde intervenían sujetos con intenciones y tradiciones-en-acción diversas.

En su trabajo ponía en cuestión la noción misma de la transformación, mediante el entendimiento de que ni los actores eran resistentes a los cambios (actuando siempre de la misma forma), ni las reformas estatales y globales podían tener un impacto inmediato en aquello que se quería modificar (un cambio en las actuaciones no solo rápido, sino además fácilmente observable o medible). Estas dos caras de la misma moneda, que representaban el sentido común con el que se pondera la implementación de las políticas en casi cualquier lugar del mundo, podían ser discutidas desde los aportes de la antropología en torno al papel de los sujetos en el cambio social, donde la antropóloga señalaba la importancia de las perspectivas actuales para entender que las transformaciones no necesariamente venían “de arriba” sino que también eran protagonizadas por hombres y mujeres ordinarios, de a pie.

Lejos de ser una declaración de intenciones esencialista y confiada acerca del poder y la cultura popular, las afirmaciones de Rockwell (2009) se basaban en una perspectiva teórica que otorga a la vida cotidiana de los sujetos un lugar central en la reproducción social: es allí donde es posible ubicar las acciones colectivas y los procesos políticos (aun los más excepcionales), insertos en historias regionales y nacionales heterogéneas, donde las instituciones asumen formas distintas en las configuraciones estatales locales, nacionales y regionales, pero con ciertos rasgos centrales comunes que caracterizan al sistema capitalista global.

Adherir a esta posición cauta que propuso la antropóloga mexicana permite que, como investigadores, dejemos de lado las visiones iluministas que subyacen en muchas iniciativas y buenas intenciones de acercarse a la gente, y en cambio procuremos que las reflexiones que producimos como resultado de estudios de campo –idealmente localizados y extendidos en el tiempo–, sean de algún modo escuchadas o leídas por quienes protagonizan los procesos de desarrollo vinculados a lo rural; sean estos los agricultores familiares, miembros de cooperativas, técnicos gubernamentales, investigadores de laboratorios o estaciones experimentales, escuelas agrícolas, etc.

Un aporte de mi trabajo radica en que estos interlocutores puedan mirar los procesos de conocimiento que se producen en el agro a otra escala, para de esta forma entender los procesos de desarrollo que protagonizan y consideren críticamente sus propias contribuciones para que el mundo sea como es; que no solo importan los grandes actores de las decisiones políticas y del agro-negocio; y que no alcanza con analizar solamente los grandes números de exportaciones o participación en el PBI.

En ese sentido, puede ser interesante observar que el conocimiento reconocido como válido por los pequeños productores se fundamenta, no tanto en la vigencia de un modo de hacer tradicional-práctico-local, sino en las posibilidades –diferenciales y variables a lo largo del tiempo– de interacción con organismos técnicos estatales y espacios científico-tecnológicos, lo cual genera así superposiciones, condensaciones e hibridaciones de modos de hacer. Las propuestas de desarrollo económico y social basadas explícita o implícitamente en relaciones paternalistas entre los sujetos, aun cuando estén orientadas por buenas intenciones, suponen que ciertos conocimientos válidos deban ser transferidos a quienes los ignoran (o están dominados por formas de hacer tradicionales). Este trabajo ha intentado mostrar cuán distantes son, estas suposiciones, de lo que sucede entre la gente que vive en y del campo.

9. BIBLIOGRAFÍA

- Agrawal, A. (1995), "Dismantling the divide between indigenous and scientific knowledge", *Development and Change*, 26(3), pp. 413-439.
- Andrews, N. y Bawa, S. (2014), "A Post-development Hoax? (Re)-examining the Past, Present and Future of Development Studies", *Third World Quarterly*, 35:6, pp. 922-938.
- Bartolomé, L. (1975), "Colonos, plantadores y agroindustrias", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 15, Vol. 58, pp. 240-264.
- Baranger, D. (2008), "La construcción de un campesinado en Misiones. De las Ligas Agrarias a los sin tierra", en G. Schiavoni, *Campesinos y Agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del Siglo XX*, Buenos Aires, Ciccus, pp. 33-70.
- Descola, P. (2004), "Las cosmologías indígenas de la Amazonia". En: A. Surrallés y P. García Hierro, *Territorio indígena y percepción del entorno*, Copenhagen, Doc. N. 39, IWGIA, pp. s/d
- Escobar, A. (2007), *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas, Fundación El perro y la rana.

- Galafassi, G. (2008), "El Movimiento Agrario Misionero en los años setenta. Protesta, movilización y alternativas de desarrollo rural", *Revista Herramienta* n° 38. Buenos Aires.
- Gallero, María Cecilia (2013), "Agroindustrias familiares en misiones. Fábricas de ladrillo y almidón de mandioca de alemanes-brasileños (1919-2009)", *Población y Sociedad*. Vol. 20, n° 1, pp. s/d.
- Gras, C. y Hernández, V. (2008), "Modelo productivo y actores en el agro argentino", *Revista Mexicana de Sociología* 70 (2), pp. 227-259.
- Hernández, V.; Goulet, F.; Magda, D. y Girard, N. (2014), *La agroecología en Argentina y en Francia: miradas cruzadas*, Buenos Aires, INTA.
- INTA (2008), *Producción de mandioca y sus usos*. Estación Experimental Agropecuaria Montecarlo, Secretaría de Desarrollo Económico, Municipalidad de Montecarlo.
- Kostlin, L. (2010), "Ocupaciones de tierras privadas y conflicto en el nordeste. La conformación de un ciclo inicial de lucha por la tierra en Misiones", en M. Manzanal y F. Villarreal, *El desarrollo y sus lógicas en disputa en el norte argentino*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus.
- Lave, J. y Wenger, E. (2007), *Situated Learning: Legitimate peripheral participation*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Manzanal, M. y Arzeno, M. (2011), "Territorio y poder en la globalización. Disputas por la tierra en el nordeste de Misiones, Argentina", en M. Arroyo y P. Zusman, *Argentina e Brasil, posibilidades e obstáculos no proceso de integracao*, San Pablo, Ed. Humanitas, pp. 83-116.
- Morandi, J. y Pirker, R. (2012), "La cadena de mandioca para industria en Misiones", en R. Bongiovanni, J. Morandi y L. Troilo, *Competitividad y calidad de los cultivos industriales. Caña de azúcar, mandioca, maní, tabaco, te y yerba mate*, Córdoba, Ediciones INTA - Estación Experimental Agropecuaria Manfredi, pp. 51-64.
- Padawer, A. (2013), "El conocimiento práctico en poblaciones rurales del sudoeste misionero: habilidades y explicitaciones", *Astrolabio-Nueva Época*, Córdoba, CIECS-CONICET-UNC, vol. n°10, pp. 156-187.
- (2014) "Hacer chacra o ser de la chacra: identidades contrastivas en el SO misionero", *Estudios Rurales*, N. 7, pp. 61-80.
- PROCAL (2015). *Asistencia Integral en Sistemas de Gestión de Calidad y Planificación en la Agroindustria de la Mandioca de la provincia de Misiones*. Fase II. Proyecto de Asistencia integral para el Agregado de valor en Agroalimentos. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. Unidad para el Cambio Rural.
- Rockwell, E. (2005), "La apropiación, un proceso entre muchos que ocurren en ámbitos escolares". En *Memoria, conocimiento y utopía. Anuario de la*

- Sociedad Mexicana de Historia de la Educación*, 1, 2004-2005, Barcelona: Pomares, pp. 28-38.
- (2009) *La experiencia etnográfica. Historia y cultura de los procesos educativos*, Paidós, Buenos Aires.
- Rodríguez, H. (2015), *La cadena de la mandioca misionera y su sistema de agro-negocios*. Subsecretaría de Industria de Misiones. Disponible en <http://www.cpia.org.ar/agropost/201509/nota2.html> (último acceso: 18/03/2016).
- Schiavoni, G. y Micco, C. (2008), "Los ingenieros y los técnicos. Producción y circulación de conocimientos agrícolas en Misiones", en L. Bartolomé y G. Schiavoni, *Desarrollo y Estudios Rurales en Misiones*, Buenos Aires, Ciccus, pp. 13-38.
- Souza Santos, B. (2003), *Crítica de la Razón Indolente*, Bilbao, Desclée de Brower.
- Thomas, D. y Twyman, C. (2004), "Good or bad rangeland? Hybrid knowledge, science, and local understandings of vegetation dynamics in the Kalahari", *Land degradation & development*, 15, pp. 215-231.